MEDITACIONES RURALES DE UNA MENTALIDAD URBANA: EL TIEMPO, BERGSON Y MANRIQUE EN UN POEMA DE ANTONIO MACHADO

Por *Robert S. PICCIOTO**

PARA toda persona familiarizada con la cultura española, existe un hecho que le salta claro a la vista tras su primer encuentro con Antonio Machado; y es que, para sus fines artísticos, este poeta se valió no sólo de la literatura de su tierra, sino también de su tradición y costumbres. Fue éste el material con que elaboró su obra poética, aceptando lo utilizable y descartando el resto, consciente en todo momento del origen y procedencia de los puntos de vista que encontraba a mano. Valga señalar que sus estudios de culturas foráneas le capacitaban para reconocer de inmediato cualquier elemento no español. Tras su empleo de las imágenes tradicionales, así como tras la pureza de su lenguaje y su objetiva representación de los paisajes castellano y andaluz, encontramos un poeta que ha trascendido las barreras del tradicionalismo para recibir las influencias de personalidades tan dispares y cosmopolitas como Baudelaire, Poe, Emily Dickinson y, en particular, Bergson. Machado es, desde luego, un poeta españolísimo y para comprenderlo se

* De la Universidad de Indiana.

hace necesario conocer la literatura, el pensamiento, la vida y el paisaje de España; mas no por ello deja de ser un hombre de mundo y un poeta universal.

En el caso específico del poema *Meditaciones rurales*, Machado ilustra esta particularidad en grado superlativo; hace una observación acerca de la naturaleza del tiempo y de su relación con el hombre que deriva en gran medida de la corriente general del pensamiento español —de manera notable, de Jorge Manrique— pero su punto de vista no es enteramente español; tampoco lo son sus conclusiones. El resultado es una poesía de sorprendente complejidad que no sólo requiere lectura detenida, sino conocimiento extenso de la familiaridad de Machado con la literatura —popular y culterana— y el pensamiento de su tierra; igual tipo de conocimiento se hace necesario respecto a la identificación del poeta con determinadas filosofías extranjeras, ya que, aunque el material con que trabaja es esencialmente español, no lo son ni su manera de examinarlo ni su método de ordenarlo.

Meditaciones rurales se inicia como un soliloquio, como una reflexión musitada, no dirigida al lector, aunque sí escuchada por éste. Ya en el cuarto verso, el monologuista queda identificado como el poeta, y como tal habla, exponiéndonos, en general, los problemas de sus relaciones con jóvenes y mayores, Andalucía y Castilla:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío
entre andaluz y manchego.

La imagen del profesor, frente a la del joven poeta, gana significación a través del lenguaje en que se expresa: los términos provenzales de "ruiseñor" y "gay-saber" exponen la calidad juvenil, primaveral, emotiva, meridional, del poeta; su polo opuesto, el profesor, es menos impulsivo, más otoñal. Más adelante divagará:

Dios sabe dónde andarán
mis gafas . . . entre librotes,
revistas y papelotes . . .

Paralela a este contraste encontramos la referencia al pueblo ("entre andaluz y manchego"): la soleada, alegre Andalucía contrapuesta a la sombría Castilla. La sintaxis de la frase ofrece suficiente elasticidad para permitir que se interprete como alegato de que el monologuista es "entre andaluz y manchego". Aunque esta posición resultaría difícil de defender, la sugestión de una conexión está, sin embargo, presente e implica paralelos entre "gay-saber" y Andalucía y entre "profesor de lenguas vivas" y "manchego".

Podemos encontrar, pues, un enlace cualitativo entre el poeta y la tierra, del mismo modo que existe otro entre la poesía de juventud, *Soledades*, y Andalucía; y entre poesía de madurez, *Campos de Castilla*, y Castilla. Aparecen "La plaza y los naranjos encendidos con sus frutas redondas y risueñas" contrapuestos a "Es una tarde mustia y desabrida de un otoño sin frutos . . ."

La lluvia cae sobre el pueblo (pueblo "entre andaluz y manchego"), y las reflexiones del poeta en torno a la lluvia arrojan valiosa luz sobre su carácter y su relación con el suelo:

Fantástico labrador,
pienso en los campos. ¡Señor,
qué bien haces! Llueve, llueve
tu agua constante y menuda
sobre alcaceles y habares,
tu agua muda,
en viñedos y olivares.

La imagen del "fantástico labrador" aparece ilustrada en tres dimensiones, cada una de ellas representativa de alguna fase del poeta: labrador excelente e ideal; labrador ilusorio; labrador que gana su vida cultivando la tierra de la imaginación. La triple dimensión de la imagen condensa el sentido esencial del poema y constituye un ejemplo de la economía lingüística tan característica en Machado; también ilustra, en cierto modo, el concepto de Ezra Pound de la poesía como lenguaje saturado de significado en grado extremo.

A la vez que se identifica con los campesinos, el poeta establece una distinción entre sí mismo y ellos. El, labrador ideal, comparte con los campesinos sus sentimientos sobre la lluvia, aclaración que resultaría superflua si él fuera uno de ellos:

Te bendicirán conmigo
los sembradores del trigo;
los que viven de coger
la aceituna;
los que esperan la fortuna
de comer;
los que hogaño,
como antaño,
tienen toda su moneda
en la rueda,
traidora rueda del año.

Más adelante, el poeta recalca esta distinción cuando nos introduce en sus monólogos filosóficos los versos: "Este Bergson es un tuno, / ¿Verdad, maestro Unamuno?", en contraposición a la vulgar, trivial conversación de los campesinos al fondo de la botica: "Así es la vida, Don Juan. / —Es verdad, así es la vida". El poeta conoce a los campesinos, vive y alterna con ellos, pero no es uno de ellos: no labra la tierra para ganarse la vida; puede observarlos desde fuera. Ellos cuentan sólo con su propia experiencia como campesinos; él tiene a Kant, a Bergson y a Unamuno, que le suministran material con el cual evaluar su experiencia.

Al mismo tiempo, la lluvia sugiere un segundo conjunto de interpretaciones íntimamente relacionadas con la primera y que señalan la relación existente entre el poeta y los campesinos en el contexto de la tradición literaria española:

Señor, ¿no es tu lluvia ley,
en los campos que ara el buey,
y en los palacios del rey?
¡Oh, agua buena, deja vida
en tu huída!
¡Oh, tú, que vas gota a gota,

fuente a fuente y río a río
como este tiempo de hastío
corriendo a la mar remota . . . !

Aquí Machado, el poeta ilustrado, bebe de una fuente muy rica en la historia de la lírica española: la metáfora de la vida, del tiempo, como río fluyendo hacia el mar, caminando hacia la muerte. Al borde del Renacimiento, Jorge Manrique había escrito en las "Coplas por la muerte de su padre":

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
qu'es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos,
llegados son iguales
los que viven por sus manos
e los ricos.

En el poema de Manrique, todos los ríos, todas las vidas, ya grandes, ya insignificantes, terminan, sujetos a la misma ley inexorable, en el mar, la muerte. Machado nos comunica lo inevitable de la muerte, su falta de discrimen, al observar que la lluvia cae en todas partes, sobre los palacios de los reyes y los predios de los campesinos; todos, ricos y pobres, han de sufrir por igual la inexorable ley de vida-muerte. Las cosas cambian y cobran impulso lentamente ("gota a gota, fuente a fuente y río a río"), moviéndose hacia su inalterable fin. Esto nos provee una nueva perspectiva desde la cual estudiar los dos primeros versos del poema: las transiciones de juventud a madurez, de poeta a filósofo, de Andalucía a Castilla, derivan su sentido de esta metáfora. Ello explica por qué el poeta dice: "Heme aquí *ya* profesor de lenguas vivas . . ." Hoy no es ya lo que fue ayer; el ahora de hoy carecerá de sentido mañana. Sirve de

recordatorio a este hecho el paréntesis en que se encierra la alusión a los días de "ruiseñor" y "gay-saber".

Esta preocupación en torno al progreso de la vida hacia la muerte y en torno a la mutabilidad de las cosas terrestres aparece repetida en un contexto por completo distinto en la conversación de los campesinos al fondo de la botica. La palabra y el pensamiento de Manrique están obviamente presentes, aunque modificados:

Todo llega y todo pasa.
Nada eterno:
ni gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.

Aquí la afirmación es explícita, no metafórica; es la versión popular del pensamiento cultivado de Manrique utilizado por Machado en su metáfora del mar. "Ni gobierno que perdure ni mal que cien años dure" es un dicho popular en los países de habla hispana. Machado contrapone lo popular a lo culterano con un fin premeditado; si la esencia de un pensamiento es la misma en un poema medieval que en un dicho popular, la verdad contenida en el pensamiento aparece reafirmada. Esto lo vemos expresado poéticamente en uno de los pasajes ya examinados. Habíamos señalado que los versos "Señor, ¿no es tu lluvia ley, / en los campos que ara el buey, / y en los palacios del rey?" se referían a la universalidad de la ley de vida y muerte, que no hace distingos de tipo social o económico; ahora vemos que la afirmación se refiere también al nivel intelectual de las personas afectadas por dicha ley, quienes sienten su peso y la comprenden por más incultas que sean. Esto podría ser interpretado como una negación del valor de la filosofía: las abstracciones son inútiles no sólo porque la verdad es evidente aun para los campesinos, sino también porque —aun cuando tengan valor— el hombre es impotente ante la naturaleza. Hablando de Bergson, el poeta dice:

No está mal:
cada sabio, su problema,
y cada loco, su tema.

Algo importa
que en la vida mala y corta
que llevamos
libres o siervos seamos;
mas, si vamos
a la mar,
lo mismo nos ha de dar.

Cualesquiera sean los resultados de la especulación filosófica —haya libre albedrío o predestinación— todos venimos a dar al mismo fin: la muerte. Trátese de mendigos o de reyes, una cosa siempre es obvia: la ecuanimidad de la muerte. Ahora vemos que la distinción fundamental entre poeta ("fantástico labrador") y campesino no existe en la realidad; Machado separa al poeta y al campesino, haciéndolos siguir caminos distintos, para unirlos luego en un mismo destino y así ilustrar la futilidad de las distinciones. Este aspecto agrega amargura y frustración al poema: el viejo profesor no puede recapturar al joven poeta de ayer (aludido entre paréntesis); y lo que es peor: la diferencia entre poeta y profesor no reviste verdadera importancia. La muerte los reclamará a ambos finalmente.

Machado hace así referencia a dos fuentes de conocimiento: la culterana, representada por la metáfora de Manrique, y la popular, encarnada en los dichos de los campesinos. Toda vez que su intención ha sido prestarle doble apoyo a su afirmación, ha apelado a esas dos fuentes de manera consciente. En lo referente a los temas del tiempo y la muerte, observamos que la afirmación hecha en el poema permanece en un nivel abstracto, alejada de la experiencia directa, tanto cuando se apoya en Manrique como cuando apela a lo popular. La metáfora del mar no ha de trascender nunca el mero concepto abstracto de la muerte; las trivialidades del habla campesina permanecen como tales, lugares comunes dichos más que sentidos. Acaso por ello el poeta se siente obligado a reforzar el tema mediante otra metáfora adicional, la del reloj. Esta última nos acerca más la experiencia del paso del tiempo que la del mar. Por eso me veo tentado a llamarla metáfora natural, dado que la conexión entre reloj y tiempo existe tanto en la realidad como en la imaginación. Su logro, sin embargo, va todavía más lejos, ya que nos presenta otro

aspecto del tiempo. En la metáfora del mar el poeta se interesa primordialmente en la unidad final de tiempo: el de la muerte. En la del reloj, sin embargo, le preocupa el instante presente; es decir, la vida. Pero ambas metáforas fijan un eslabón unificador entre el instante presente y el instante final. He ahí el enlace entre Bergson y Manrique.

Clarea
el reloj arrinconado,
y su tic-tac olvidado
por repetido golpea.
Tic-tic, tic-tic . . . Ya te he oído.
Tic-tic, tic-tic . . . siempre igual,
monótono y aburrido.

El campesino ha hecho suyo el concepto del tiempo de Manrique ("Todo llega y todo pasa. / Nada eterno . . ."), pero también se siente ligado al instante presente, el *ahora* de Bergson. Comprende que todas las cosas caminan hacia la muerte; sin embargo, no pone su fe en la meta final, sino en el camino que conduce a ella ("Tienen toda su moneda / en la rueda, traidora rueda del año"). Es, pues, evidente que su vida encuentra motivaciones en ambos conceptos; por un lado, su fortuna está ligada al presente, pero, igual que el poeta, no olvida nunca el instante final. Todo cambia, pero en el instante presente todo es igual ("Tanto antaño como hogaño").

El enlace entre ambos conceptos, en la vida del propio Machado, aparece representado en la imagen del reloj:

(Tic-tic, tic-tic) . . . Era un día
(tic-tic, tic-tic) que pasó,
y lo que yo más quería,
la muerte se lo llevó.

Machado se refiere aquí a la muerte de su joven esposa, Leonor, ligando así el momento presente al instante final. De esta manera llegan a identificarse también la imagen del mar y la del reloj. Conviene recordar que la metáfora del mar deriva de un poema elegíaco escrito con motivo de la muerte de un ser amado. El *ahora*

de Bergson, representado por la imagen del reloj, vuelve a aparecer unido al momento final, la muerte, de Manrique.

Para que una afirmación hecha en abstracto amerite validez en determinada situación humana, ha de apoyarse en una experiencia vivida. Tal validez ha de prestarla la prematura muerte de Leonor, aunque aludida de manera explícita en sólo dos versos. Pero la carga emocional de estos dos versos es tan genuina, que no hace falta ningún otro elemento para los fines de comunicación que persigue el poeta. A partir de este momento, el poema deja de ser mero soliloquio filosófico de un aburrido profesor de provincia para convertirse en escozor de angustia. Los conceptos filosóficos adquieren, pues, sentido vital al revelársenos como instrumentos de consuelo.

Lo anteriormente expuesto nos encara, sin embargo, a una contradicción: ¿Habla en serio el poeta cuando dice que Bergson es un *tuno?* De ninguna manera. Si así lo creyera, no se hubiera molestado en señalar en el campesino —como elemento sano que da sentido a su vida— el mismo concepto del tiempo que, como intelectual, ha descubierto en Bergson. La contradicción aparente en el marco filosófico no aparece resuelta en el poema mediante ningún esfuerzo retórico. Tal esfuerzo rebasaría los límites y propósitos de la poesía, restándole vigor, y ha de quedar reservado para el escritor o el filósofo. Finalmente ha de resolverse, sin embargo, pero en el plano vital de la experiencia, transmutado en vivencia poética.

El instante final y el instante presente, con su valor intrínseco de camino hacia la muerte, se nos presentan con variadas tonalidades de énfasis; están unidos pero no se nos ofrece declaración ninguna respecto a la relación del uno con el otro. El poeta necesita de ambos conceptos para comprender la realidad; por separado, ninguno es suficiente para comprender la experiencia del poeta. En otras palabras, ambos conceptos del tiempo no están fundamentalmente contrapuestos; son complementarios. Si en un momento el énfasis cae sobre Manrique ("Este Bergson es un tuno; / ¿Verdad, maestro Unamuno?", más adelante agrega:

No está mal
este yo fundamental
contingente y libre, a ratos
creativo, original;

este yo que vive y siente
dentro de la carne mortal
¡ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral.

El concepto clave aquí es que la personalidad que habita en el hombre mortal es "a ratos creadora y original", lo que da satisfacción al hombre en su existencia temporera, aun a sabiendas de que al final ha de verse arrastrado hacia el mar (la muerte). Es significativo el hecho de que el poema termine en esta nota. El concepto de tiempo y vida en Manrique no le basta al poeta para lidiar con la realidad; sobre todo, no le explica qué le queda en la vida tras la muerte de su esposa. A fin de encontrar los medios con qué afrontar esta realidad, Machado ha de trascender los límites del pensamiento español para regresar armado del concepto bergsoniano del instante, *la durée*. Sin embargo, una vez ha encontrado una perspectiva en Bergson, sorprende un punto de vista idéntico en los campesinos de su tierra, que, resignados a la muerte, ponen su fe en la profundidad del instante presente como necesidad fundamental de la existencia humana.

El concepto del tiempo en el poema alcanza un nivel sincrético, cosmopolita, y sin embargo español en su esencia. Machado no ha adoptado las ideas de Bergson; las ha utilizado a manera de mirador desde el cual ordenar su experiencia y comprender las actitudes de los campesinos. El "fantástico labrador" comprende ahora a cabalidad las implicaciones de la lluvia.